

«Goterones de acero,
 amplias silografías de sepia oleaginoso,
 cimbreos de resorte,
 y... alma de bazar frívolo.
 (¡Oh, frívolo amianto!
 ¡Vanidad de aluminio laminado!)

Violó el horizonte de todos los paisajes
 sin ver más que una línea,
 arista de su vértigo.
 Luego, bebió su copa
 en el bar resonante de hazañas futbolísticas,
 y, en la noche granada de rojos farolillos,
 le dio el placer su plata.
 Todo el placer sin fausto,
 todo el lujo sin arte señoril ni elegancia.

En sus dientes robustos hubo un poco de hielo
 al reírse del llanto de Margarita pálida,
 que muere en los tablados de arrabales anémicos.

—El encaje, la gasa, se quiebran en sus manos;
 él necesita cuero curtido en Canadá—».

Y sigue analizando la figura ruda del aviador, del mecánico,
 que en su ascensión, en «una apoteosis algebraica», está a punto
 de «enlodar el raso de una estrella o el caminillo blanco de Santiago»,
 para terminar con una reflexión filosófica y de predicción re-
 volucionaria:

«La gran frivolidad de este bazar de acero,
 con tanta chillería,
 y un gran silencio de vacío dentro:
 ¿La muerte? ¡No es la muerte!
 ¡La muerte es tan distinta!...
 ¡Oh, si al menos estuviera la muerte!...
 La muerte es la primera conquista de los hombres,
 es la base de toda filosofía humana.

Pero vendrán un día, de tugurios absurdos,
 de una nueva miseria ignorada,